

EL CURA SANTA CRUZ

Aunque era en Oyarzun, y más concretamente en Aritxulegui, donde Santa Cruz tenía establecido su Cuartel General (Santa Cruz, el famoso guerrillero de las increíbles escapadas y de los disfraces inimaginables), no por eso dejó de tener contacto con Rentería. No sólo porque pasaba con sus huéspedes por su término municipal, por sus montes, en sus viajes de Aritxulegui a Hernani, Tolosa y otros pueblos, sino porque muchas veces —Santa Cruz nunca conoció el miedo, ni aun cuando le tuvieron en capilla con un centinela dentro de la habitación para que no se les escapase y poder fusilarle al día siguiente, aunque también de aquélla logró escapar, ¡qué hombre!— muchas veces, como digo, llamaba a casa del párroco de Rentería donde pasaba la noche sobre una silla o sobre la alfombra —nunca durante la campaña durmió en cama— o llegaba a casa de su amigo Bizcarrondo, el maestro nacional.

Y en estas visitas, Santa Cruz hacía gala de una serenidad pasmosa y de una traviesa osadía.

Ocurrió una vez...

Pero antes de pasar a narrar la anécdota quiero dedicar un pequeño recuerdo a los renterianos que militaron en las filas del famoso cura guerrillero.

Hubo dos que pertenecieron a su guardia personal, la famosa Guardia Negra, compuesta de bravos muchachos de rostros atezados por las inclemencias del tiempo. Y si no pertenecieron a la Guardia permanentemente, como la terna de los de Oyarzun, sí al menos cuando hubo que ampliar la guardia y encomendarla a hombres de entera confianza y dispuestos a dejarse despedazar por el Cura, pues había sido puesta a precio la cabeza de éste en 10.000 reales. Dichos renterianos fueron: Ignacio Intxausti (a) Gastelutxo, del caserío del mismo nombre y un tal Ignacio (alias) Amoña, del caserío Amoñene.

También militaron con Santa Cruz, Luis María Portugal, de Eguieder; Anthón de Rentería, del que sólo he podido averiguar que era sargento —y de los bravos—; Tomás Garmendia, de Lanterneta, que se alistó porque los liberales querían hacerle nacional; 'Txango', apellidado Arandia, buen bertsolari y el mejor dantzari de zortziko del valle de Oyarzun, que murió en la toma del puesto de carabineros de Enderlaza. Murió a traición —así le pareció al menos— y en represalia los carlistas no dejaron un carabinero vivo. Otro fué un tal Napar —seguramente navarro avecindado en Rentería— al que los liberales de Irún cortaron las orejas, que fueron llevadas en triunfo y exhibidas como si fuesen las del famoso Cura. (Los liberales iruneses habían prometido a sus paisanos volver de la expedición con todos los carlistas prisioneros y las orejas de Santa Cruz, y sólo pudieron llevarse las de Napar, a quien dejaron malherido.)

También he podido encontrar un detalle de dos renterianos que acaso serían algunos de los arriba nombrados, o acaso no. Fué que, habiendo sido citados por Santa Cruz a reunirse en el cementerio de Biriatu (Francia) una tenebrosa noche para levantarse en armas, se fueron los dos con un oyarzuarra a pasar la frontera por el puente de Behobia. Y a uno de los renterianos (Rentería y yo somos así, señora) no se le ocurrió mejor cosa que soltar un fenomenal *irrintzi* al pasar por la torreta que guardaba el puente. Los sol-

dados que la guarnecían, alarmados, se pusieron sobre sus armas creyendo que se les venía encima un ejército. Hubo gran revuelo en el puente y sólo su serenidad y sangre fría salvó a los tres voluntarios que lograron pasar la frontera sin más contratiempos. Aquella misma noche repasaban sigilosamente la frontera por el monte con más de una treintena de compañeros y se armaban en la Peña de Aya donde tenían fusiles ocultos, y comenzaban por su cuenta la guerra que sería declarada oficialmente quince días después.



Y después de este larguísimo preámbulo (que bien se lo merecen aquellos bravos errenderiaras) tomo otra vez el hilo de mi historia.

Ocurrió una vez...

—¡Pam! ¡Pam! ¡Parram! ¡Pam!— sonó la puerta.

Don Miguel Bizcarrondo (el que luego fué llamado Maestro Zar, que estuvo enseñando durante cuarenta años en Rentería) dejó el periódico sobre la mesa y salió a abrir. Su mujer estaba fregando los cacharros y no estaba bien que saliese de aquella manera.

A la puerta había un cashero con aire aldeano e inocentón.

El maestro se quedó unos momentos dudando. El cashero le alargó los brazos:

—¡Querido Miguel! ¿Cómo estás? ¡Cuánto tiempo!...

El maestro no le dejó terminar:

—Pase, don Manuel. Pase enseguida—. Y cuando el llamado don Manuel hubo entrado, prosiguió el maestro: —¡Maldita sea! ¡En qué ocasión se le ocurre venir! ¿Pero no ha visto que el pueblo está lleno de tropa?

Al oír hablar así a su marido, acudió la esposa del maestro secándose las manos en el delantal.

—¡Jesús, María! —exclamó alarmada—. ¡Pero si es Santa Cruz!

—¡Hola, Candelari —dijo éste—. Tan trabajadora como siempre, ¿eh?

Allí, el único que estaba sereno era Santa Cruz.

La Candelaria se había quedado blanca del susto, y no porque temiese nada del cura, sino porque de un momento a otro esperaba ver venir a los soldados liberales a detenerlos a todos. ¿No era lo más probable que anduviesen tras la pista del guerrillero?

El maestro se tiraba de los pelos mientras decía:

—¡Que se pierde, don Manuel, y nos pierde a nosotros! ¡No nos haga esto, por Dios!

Santa Cruz, riéndose, se sentó a la mesa.

—Tranquilízate, Migueltxo,— le dijo—. Ya sabes que no soy yo hombre que se deja coger así como así.

—¿Ha venido usted con sus chicos? —se aventuró a decir Bizcarrondo de allí a un rato.

—No. Los he dejado por el Goyerri. Esta noche tengo que juntarme con ellos. He venido a avistarme con mis amigos de Francia. Tenía que pedirles consejo.

Quedó un momento pensativo y enseguida añadió:

—¿Sabes que ahora me han condenado a muerte los míos?

—¿Es posible? —dijo el maestro tornándose más blanco de lo que estaba.

—Pues, sí. Era poco que los liberales habían puesto a precio mi cabeza y que hay cuatro compañías de miqueletes recorriendo palmo a palmo la provincia sin más fin que darme caza, y ahora los carlistas me condenan a ser fusilado a las dos horas de ser habido. Quieren darme tiempo a confesarme. Son muy amables. Y pretenden, además, que mi fusilamiento sea con toda solemnidad. Ya ves que están en todos los detalles.

Y lo decía como si estuviese hablando de la lluvia del día anterior.

Bizcarrondo estaba aturdido ante aquella asombrosa serenidad. Tanto, que hasta él mismo se fué tranquilizando poco a poco.

—Y... ¿Qué piensa hacer ahora?

—Nada. Seguir como hasta aquí. No tengo nada de qué arrepentirme y mis muchachos no pueden pasarse sin mí.

Ya se estaba tranquilizando el maestro hasta parecer sereno, cuando bruscamente le espetó el Cura:

—Miguel, tienes que acompañarme a la estación.

—¡Maldita sea! —dijo el maestro (y no era la primera vez que lo decía aquella tarde)—. Y ¿es necesario que yo le acompañe a usted?

Y notó que el sudor le corría por la cara, y era un sudor frío.

Entonces entró en escena la Candelari. La Candelari que, silenciosa, se echaba a temblar cada vez que oía un ruido en las escaleras o el fuerte pisar de las botas de los soldados en la calle.

—Pero, don Manuel —dijo con voz suplicante—. ¿No cree usted que les detendrán antes de llegar a la estación?

—Tranquilízate, mujer. Si antes he venido solo, mejor iré ahora con tu marido. Los que le conozcan a él, le saludarán sin fijarse en mí. Y aunque se fijen, ¿qué de particular tiene que el maestro acompañe a un pobre cashero que no sabe encontrar solo la estación?

Y se echó a reír de buena gana.

Como no era cosa de desairar a don Manuel, Bizcarrondo se dispuso a acompañarle a pesar del miedo que sentía. (Miedo, sí señor, ¿a qué negarlo?)

Al salir, echó una tierna mirada a su esposa. Una mirada de despedida —¿definitiva? ¿breve quizás?— que movió a la Candelari a que se arrojase en sus brazos.

—¡Adiós, Miguel! —Y acercando los labios

a su oído—: ¡Y quiera la Virgen que vuelvas!

El maestro se secó unas lágrimas traidoras y la Candelari se sentó, derrumbada, en una silla. Se habían despedido como si ya no pensasen volver a verse más.

Y al ver que el maestro tardaba, una, dos y cien veces pensó la Candelari que ya no regresaría jamás.

Sin embargo, Santa Cruz, acompañado del maestro, se dirigió a la estación sin un recelo, sin un titubeo. Nada le importaba que Rentería fuese villa eminentemente liberal y que aquel día se diera la especial circunstancia de que estuviese atestada de tropas del Gobierno.

Se dirigió a la taquilla y pidió un billete para Beasain. Sus muchachos estarían impacientes esperándole en el monte.

Se puso a pasear por el andén entre oficiales liberales que no le reconocieron. El tren traía retraso —¡también entonces!— y Santa Cruz no ignoraba que cualquiera de aquellos que esperaban impacientes al tren en la estación podían ganarse diez mil reales (de los de antes) con sólo decir: —¡Detenerle! ¡Ese es Santa Cruz!

Pero nadie le reconocía, y Bizcarrondo pudo volver a a casa tranquilo.

El tren, jadeante y pesado, arrancó —¡al fin!— para Beasain.

En el departamento donde iba el Cura se hablaba —¿cómo no?— de la guerra.

Uno de los viajeros se quejaba del estado de cosas reinante, de la inseguridad de los viajes y de los mortales sustos por los que había que pasar.

—Figúrense ustedes —decía—, que no hace mucho tiempo oímos un tiroteo y se detuvo el tren. En seguida pasó el mismo Santa Cruz, el feroz cura, registrándolo vagón por vagón. El susto que nos llevamos no es para contado. ¿Creen ustedes que hay derecho a eso?

Y de un rincón del departamento salió la voz de un cashero. De un cashero aldeano e inoshentón —¿no había algo de picardía en sus ojos?— que decía:

—¡Jesús, qué miedo! ¿Y dónde está el Gobierno que no vigila mejor el ferrocarril? ¡A dónde vamos a parar! ¡Mira que no poder ya ni viajar seguro!...

BULTZI - LEIOTIK

(DESDE LA VENTANA DEL TREN)

*Oi, lur, oi, lur!
Oi, ene lur nereá!...
oi, goiz eme,
parre gozoz ernea!...*

*Arto muzker,
mendi, baserri zaarrak;
ale gorriz
abailduta sagarrak:*

*oro laño
mee batek estalia,
urrez oro
eguzkiak yantzia...*

*Nekazari,
gizandi bat iduri
soroan zut:
beyondeizula zuri!...*

*Zure bazter,
gurazko aberria,
doa zoro
(ta bertan ni) bultzia...*

*Oi, ene lur,
ba'ninduzu zerea,
zu landu, ta
zure sariz aseá!...*

*Bañan... ezin:
beeko bear gorriak
narama... Agur,
soro, sagar, mendiak!...*

LIZARDI

Xenpelar, el obrero bertsolari

El famoso bertsolari Xenpelar trabajaba en la Fábrica de tejidos de Rentería, fábrica que aún se conoce como la "Fábrica grande". Xenpelar era en ella una especie de "catapás" o jefe de cierto número de obreros.

Como en la fábrica estaba prohibido fumar, uno de sus subordinados, un tal Muxarro, solía recurrir al W.C. para fumarse allí las pipas que se le antojaban. Pero un día le fué descubierto el truco por Xenpelar, quien le afeó su conducta — ¡ benditos aquellos tiempos! — cantando y en verso.

*Aizak, Manuel mañontzi,
urrengorako goraintzi.
¿Ez al akiken or pipa artzia
ez dala lizentzi?
Injenio txarrak utzi,
bestela ezurrak autsi.
Giza-legia nolar biar dan
ezin erakutsi.*

A esto le contestó Muxarro muy dignamente, también cantando:

*Nik ba-det giza-legia
Prantxisku'k bañon obia;
beste tatxarik ez zait arkitzen:
arlote pobria.
Injenio noblia,
kortesi pare-gabia,
neri ezurrak austeko ¿nun dek
ik abilidadia?*

Xenpelar, de nuevo:

*Ziri bat sartu dit neri,
ara nik ere berari.
Abildade gutxi daukanik
ez esan inñori.
Azala daukak ik lodi,
mamirik ez duk ageri
Ezur igarrak austen zallak tuk,
ba-zekiyet ori.*

Aún volvió a contestar Muxarro, con versos que se conocen. Lo que ya no se sabe es si allí acabó la contienda o tuvo su prolongación más tarde en alguna sidrería. Benditos aquellos tiempos, repetimos, en que el vasco tenía humor para cantar y versificar, aun en los momentos solemnes, como en el caso que se relata, o como en el de aquel moribundo que improvisó unos versos de salutación al llegar el Santísimo a su casa.

A.